

Era la fiesta de carnaval de la señora Hawkings y estaba toda la flor y nata de la sociedad reunida en el salón, con sus máscaras y disfraces más estrambóticos.

Las matronas más cotillas de la alta sociedad, advertidas de cuál iba a ser el traje de sus compañeras, habían logrado encontrarse y ahora estaban reunidas en un rincón, donde cuchicheaban e intentaban averiguar quién era quién.

Todas sabían que en esa fiesta de carnaval, que se celebraba todos los años desde que la señora Hawkings había heredado una astronómica cantidad de dinero, era el origen de casi todos los escándalos y cotilleos que marcarían la temporada. Y es que, cuando los nobles se sentían seguros de no ser reconocidos tras sus máscaras, se atrevían a hacer cosas en público que, de haber ido sin disfraz, ni siquiera habrían considerado.

No obstante, las observadoras cotillas conocían tan bien los movimientos y los ademanes de los asistentes que se creían capaces de adivinar quién había tras cada máscara, entretenimiento que las entretendría hasta que los personajes comenzaran a dejarse llevar en su falsa seguridad de anonimato.

No tardaron a reconocer al normalmente formal señor Hickings, con un traje que pretendía ser de demonio pero que le hacía parecer un jabalí con color enfermizo debido a su gran corpulencia. Perseguía a un par de jovencitas vestidas de faraonas egipcias con unos disfraces de muy poca tela que solo podían ser las gemelas Carlwright. Para desgracia del muy sátiro, la señora Hickings también reconoció a su marido y, aunque siempre parecía muy tímida cuando estaba en público, se acercó a su esposo y se le llevó casi a rastras a la otra punta de la sala, lugar en que se mantuvieron en actitud recatada durante el resto de la velada.

Muy cerca de allí, la inconfundible señora Fellows, siempre tan comedida, vestía un disfraz de sirena que no dejaba nada a la imaginación y se dedicaba a coquetear descaradamente con un hombre que no era su marido y que, según se fueron fijando las cotillas, parecía ser nada más y nada menos que uno de los libertinos con peor reputación de toda la ciudad. Del señor Fellows no había ni rastro, aunque era un secreto a voces que en todas las fiestas desaparecía junto a la viuda de Conrald, de la que era amante desde un mes después de casarse, si no antes.

En la pista de baile, varios jóvenes bailaban un poco más apretados de lo que dictaba

el protocolo, aunque ya eran parejas más o menos formadas, que seguro que contaban con el beneplácito de sus familias. No había mucho que ver en la zona y dejaron de mirar en esa dirección por el momento. Quizás dentro de tres o cuatro piezas, cuando hubieran tomado más champán del habitual, comenzaran los comportamientos escandalosos.

Hablando de champán, el señor Heysel Daniels, vestido de pavo real, se estaba pasando bastante con las copas mientras su prometida, la despistada señorita Connors, vestida de diosa Atenea, que llevaba meses comiendo como un pajarito para poder lucir un buen vestido de novia, parecía querer recuperar los kilos perdidos en una sola noche. A pesar de estar casi pegados, no parecían advertir la presencia del otro, cosa extraña ya que se conocían desde la infancia.

Algo aburridas, las matronas cotillas achacaron este comportamiento a un pequeño enfado y comentaron algo exasperadas que el baile de este año era un auténtico aburrimiento, ya que en realidad no estaba pasando nada excepcional.

Y así siguieron un buen rato hasta que por fin dieron con el escándalo que estaban buscando, justo en la última pareja de la que se habían burlado, pues apareció en escena el hermano de Heysel Daniels, Alexander, fácilmente reconocible por sus ademanes de depredador y vestido, qué conveniente, de pantera.

Alexander era un hombre extraño, de muy mala reputación; seguro que se había colado en la fiesta porque no era posible que la señora Hawkings hubiera invitado a semejante personaje, así que las matronas no le quitaron ojo. Alexander Daniels se movió por la fiesta con gracia felina y se dirigió directamente a la señorita Connors, a la que susurró algo al oído. Luego, la dama cogió su brazo y se dirigieron a la pista de baile, mientras Heysel, borracho, les seguía y les lanzaba una mirada de odio.

Si había una palabra para describir el baile de la señorita Connors y Alexander Daniels, sin duda era indecoroso. La pareja parecía ajena a todo y se pegaron tanto que incluso el resto de parejas les miró con desconcierto.

Al finalizar el lujurioso baile, los dos se dirigieron al carruaje de Alexander Daniels, seguidos disimuladamente por las cotillas, que no querían perder detalle.

Heysel les siguió hasta allí y se enfrentó a su hermano, pero Alexander esquivó el puñetazo del borracho con facilidad y dijo en voz alta:

—Está decidido, hermano. La reputación de la dama está en juego y por una vez voy a hacer lo correcto. He conseguido una licencia especial y nos casaremos ahora mismo, sin demora.

Las matronas, asombradas, miraron a la pareja subir al carruaje, que se marchó con

rapidez.

Cuando se hubo perdido de vista y Heysel volvió dentro, abatido, comenzaron a hablar todas a la vez. ¡Qué maravillosos eran los bailes de máscaras de la señora Hawkins! ¡Con ese material, tendrían para todo lo que quedaba de temporada!